

nocer algo de la persona á quien quiere mi amiga que recomiende.

El teniente de navío, valiéndose de frases embozadas y con gran tacto, contó la aventura de Fortier, Robin y Marcela Hebert que tuvo lugar á bordo del transporte la *Saone*, concluyendo por decir: «Yo fui uno de los que le absolvieron en el consejo de guerra, y, á pesar de su crimen pasado, yo creo que es un hombre digno de compasión.»

—Ya ve usted, mi querido comandante, que lo único que hacía falta era explicarse... el señor Robin realizaba un acto monstruoso de injusticia y cometía una ruin venganza con su rival enviándole sin motivo á la cuarta categoría... Afortunadamente, está usted aquí para hacer justicia completa.

—¡Ya lo creo que para eso estoy aquí!—exclamó el comandante.—No quiero que nunca se diga que bajo mi administración... ¡Ahl eso es demasiado... es demasiado... Os aseguro que Robin recibirá noticias mías muy pronto... y en cuanto á vuestro recomendado, aseguro á usted, señorita, que mañana mismo pasará á la tercera categoría, y que, si se porta bien, le propondré para que mejore su suerte... ¡Así soy yo! severo con los malos, indulgente con los buenos.

—Una mano de hierro y un corazón de oro—dijo sir Gardiner.—Esto es lo que yo decía en mi último artículo, refiriéndome á usted como jefe del penal.

—¡Ahl usted ha dicho eso?

—Ciertamente... yo había juzgado á usted, querido comandante, antes de conocerle por completo.

El antiguo capitán de marina, que había comido

perfectamente y bebido mejor, se estaba fumando un magnífico cigarro en aquel momento, y tomó por moneda corriente todo cuanto le había dicho sir Gardiner, llegando hasta el extremo de decirle al tiempo de marcharse:

—Amigo mío, mi querido amigo, doy á usted infinitas gracias por haberme proporcionado la ocasión de realizar un acto de justicia.

Cuando se quedaron solos Juana Bérard y sir Gardiner, tuvieron que confesar que, si la partida no estaba ganada, al ménos se había empezado en muy buenas condiciones.

XXXIX

Cuando un hombre no tiene la costumbre de practicar el bien y de repente se decide á cumplir con su deber, y cuando, sobre todo, sus intereses y sus deseos se encuentran de acuerdo con la buena acción ó el acto de justicia que realiza, no hay nada que le contenga en su camino y está él mismo tentado á creer que toda su vida ha practicado la imparcialidad íntegra y completa.

Así se explica el que, apenas se despertó al día siguiente el comandante del presidio de la isla de Nou,

hizo llamar inmediatamente al jefe de vigilancia Robin para decirle en los términos más enérgicos que reprobaba su conducta y anunciarle que pensaba dar parte al gobernador. Entre tanto, quedaba suspendido de sueldo y empleo durante quince días. Decididamente, Robin no tenía suerte cuando se trataba de hacer algo contra Fortier. ¿Tendría bastante con esta lección? ¿Crecerían más violentos sus deseos de venganza?

Después de haberse ocupado de Robin el comandante, mandó llamar á Fortier, indignándose al verle cargado de hierro sin ningún motivo que lo justificase, y ordenando inmediatamente que le quitasen todo aquel peso y le condujesen al departamento de los de tercera categoría. En el momento en que acababa de dar estas órdenes vió aparecer á sir Gardiner, que venía él mismo á convidarse á almorzar.

—Llega usted muy á tiempo para formarse una idea de la manera que yo tengo de administrar justicia.

—Y estoy admirado de ello, querido comandante. ¡Ahl! ¡si el poder estuviera siempre puesto en manos como las vuestras!

Aprovechando el efecto que estas palabras habían producido, sir Gardiner llevó aparte al comandante, y señalando á Fortier le dijo:

—¿Me permite usted que dé á ese hombre noticias de su familia?... me lo ha suplicado mi hermana... y si usted no ve en ello ningún inconveniente...

Entonces dió orden al vigilante para que sir Gardiner hablase con Fortier, y se retiró á alguna distancia.

Apenas se había marchado, el americano se acercó á Fortier, y en voz baja, pero muy de prisa, le dijo:

—El interés que manifiesto por usted es debido á uno de los compañeros que venían con usted á bordo de la *Saone*: Bérard. No ha tenido necesidad de decirme más que «tened completa confianza.» Yo lo he creído... tengo razón, ¿no es verdad?

—Ciertamente, caballero—contestó Fortier mirando á sir Gardiner cara á cara.—Debo la vida á la persona de que habláis, y sin él habría sido condenado á muerte... le debo más todavía... ha hecho nacer en mi corazón algunos buenos sentimientos que yo no conocía, y soy mejor que era... hoy me arrepiento de mi crimen, siento horror hacia él y quiero expiarle... por todo esto mi gratitud será eterna para el compañero que me deparó la suerte. Si viene usted de su parte, puede mandarme lo que quiera, sin temor de exponerme á cualquier castigo que sea.

—Está bien; por ahora os pido únicamente una cosa... que nos sirváis de intermediario, plenamente persuadido de que nadie en el mundo, ¿entendéis bien? nadie en el mundo pueda suponer que yo tengo noticias de que siquiera existe.

—Está comprendido.

—Aquí, en el presidio, es usted solo á quien yo conozco y por quien me intereso. Nadie se extrañará de que yo le hable á usted de cuándo en cuándo, y usted le repetirá todo cuanto le diga.

—Puede usted contar conmigo, caballero, y mandarme cuanto quiera.

—Hoy le dirá usted solamente que todas las noticias son excelentes y que se aproxima la hora... ¿Se acordará usted de esto?

—Exactamente.

—Gracias... Ahora dígame usted qué es lo que puedo hacer en su obsequio.

—Nada, caballero, nada... ya ha hecho usted todo, porque bien lo conozco; á usted es á quien debo el cambio que acaba de operarse en mi situación.

—No; á él es á quien se lo debe usted, y espero que aún le deberá usted mucho más. Pero, por ahora, sería para mí una satisfacción el poder servir á usted de algo. Vamos á ver, busque usted.

—¡Ah! ¡Si me atreviese!

—Hable usted.

—Quizás no me comprenda usted, puesto que usted no sabe...

—Lo sé todo... me han hablado de Marcela Hebert...

¿Quiere usted que...?

—Sí, sí; eso es, eso es... quisiera tener noticias tuyas y que las recibiera más... quisiera también que la dijeran que hay alguien que se interesa por mí y que no estoy completamente abandonado y entregado á Robin... ¡Temo, caballero, que, imaginándose que no voy á salir nunca de la isla de Nou, se cansa de esperarme!... ¡Ah! ¡si obligada por la administración, convenida por las hermanas, se decidiese á casarse con otro! ¡Oh! ¡entonces! ¡entonces! no respondería de mí... Si consiento en vivir y sufrir, es solamente sostenido por la esperanza de que llegará un día en que estemos juntos.

—¿En dónde está ella? Sin duda en el campo de Bourail.

—Sí señor.

—Pues bien, yo le prometo á usted que la veré y la daré noticias de usted, protegiéndola, lo mismo que hago con usted, en nombre de ése con quien se va usted á reunir... Marchad; ahora estoy seguro de que Bérard tenía razón al decir que se podía tener confianza en usted.

—Sí, caballero, sí; yo sé odiar... mi crimen lo ha demostrado; pero á los que son buenos para mí, los sé amar hasta la muerte.

Aquellos dos hombres se separaron.

XL

La llegada de Fortier á los departamentos de tercera clase causó verdadera sorpresa. Nadie, excepción hecha de Bérard, esperaba volverle á ver, y todo el mundo, por el contrario, había dicho para sí: «Para él ha concluído todo... Robin lo ha cogido por su cuenta y no le soltará ya... le hará morir de fatiga, de hambre, de sed y de miseria, cargado con su doble cadena, ó le matará de un tiro. Si con nosotros se tienen pocos miramientos, aún se tienen muchos menos con

los que están en la cuarta categoría, y muchas veces sucede que un gesto, una palabra, la más pequeña señal de desobediencia, son causa bastante para justificar un asesinato. Decididamente, Fortier es hombre muerto.» Pero, á pesar de que ésta era ya la segunda vez que enterraban á Fortier, éste volvía á resucitar. De todos lados se precipitaban para estrecharle la mano y asegurarse de que todavía estaba vivo de veras, y alguno llegó á decirle: «Amigo mío, defiendes tu pellejo como una fiera: si en todo tienes la misma suerte, llegarás á ser colono.»

Pero la admiración de aquella gente llegó á su colmo cuando se supo que Robin estaba castigado nuevamente por quince días. «Es una enfermedad de que morirá, decían algunos de los de la banda... ya veréis cómo de castigo en castigo acaba por ser otro presidiario como nosotros.—Entonces, decía un parisién, yo seré ya *corrector* para ponerle en el banco (acostarle en el banco en que se les da latigazos) y atizarle duro... os doy mi palabra de hacerlo.»

La segunda resurrección de Fortier se celebró, lo mismo que la primera á bordo de la *Saone*, con gritos y canciones alusivas, llegando algunos hasta proponer un concierto, que se realizó con el siguiente programa: *El presidiario libre*, antigua canción que es muy conocida en todos los penales; la *Tortolilla* y *Diez años de cadena*, cuya letra es bien poco poética.

Después, y para completar la fiesta, circuló de mano en mano el vino y ese aguardiente especial que allí se vende por los mismos guardianes del presidio. Cuando ya las cabezas empezaban á estar un poco calientes,

los que llevaban la banca en el juego mandaron á sus compañeros extender unas mantas sobre el suelo para jugar el eterno *cané* de los presidios. El juego, siempre el juego, lo mismo en los penales que en los transportes... Pero en Nueva Caledonia es el juego todavía mucho más peligroso, porque los ánimos están mucho más excitados y las cabezas más exaltadas. Entre los que ganan y los que pierden surgen dispuestas, que nadie piensa en apaciguar, terminando las más de las veces en una riña, que sirve de espectáculo y distracción.

«¡Anda, valiente!—se grita por todas partes;—¡rómpele la *chichí* (cabeza) contra la pared; arráncale las narices!»

Alentados por estas frases, se arrojan uno contra otro con la cabeza baja para maltratarse y morderse. Algunas veces sucede algo que es peor todavía. Dos hombres cualquiera, que por su ferocidad se han hecho célebres entre los del presidio y que se llaman *matones*, tienen una disputa: en este caso no se recurre al puño, ni á las uñas, ni á los dientes; entonces se emplea el cuchillo ó cualquier otra arma blanca para decidir la cuestión.

Los demás presidiarios forman un círculo, en que encierran á los combatientes para presenciar la lucha y contar los golpes. Los combatientes se quitan la blusa y la camisa, y cuchillo en mano se colocan uno frente á otro. Aquello es un duelo, un verdadero duelo, que, sin embargo, la mayor parte de las veces termina sin que ninguno de ellos salga herido. Y es que los *matones* se ponen muchas veces de acuerdo en

estos casos, y los realizan únicamente con objeto de seguir ejerciendo influencia sobre aquellas gentes.

Esta era la sociedad en que había entrado Fortier por un favor especial y casi milagrosamente. Felizmente para él, tuvo la suerte de encontrar á Bérard sentado en un rincón.

—Le esperaba á usted—dijo este último.

Y le hizo infinidad de preguntas, suplicándole que le contase todo lo que había dicho sir Gardiner, palabra por palabra, así como los detalles más insignificantes de su entrevista.

—¿No ha dicho nada respecto de sus proyectos?—preguntó Bérard cuando Fortier terminó su relato.

—No, quizás por prudencia, y esto se comprende... Pero yo los he adivinado... probablemente prepara una evasión...

—Sí, no tengo ningún inconveniente en confiárselo á usted, puesto que le conozco mejor que él... además, ¿por qué he de guardar para con usted el secreto, si pienso proponer á usted que se venga con nosotros?

—Se lo agradezco á usted y le doy las gracias—contestó Fortier,—pero rehúso.

—¿Por qué?

—Porque usted huirá con mucha más facilidad fugándose solo... si yo estuviese interesado directamente en esta evasión, no me sería entonces posible ayudar á usted y avisarle en caso de peligro, y aun defenderle si hubiera necesidad de ello... No, me quedo; mi resolución está tomada...

—¿Lo ha reflexionado usted bien?... ¿Ha pensado

usted en que aún es joven, y que la vida aquí sería para usted siempre muy larga?

—He matado... y debo expiar mi crimen.

—También puede usted expiarlo con el trabajo. El navío en que pienso refugiarme puede conducirle á usted á Australia. Nada le impedirá á usted fijarse allí, volviendo á tomar su antiguo empleo ú otro cualquiera. Nadie sabrá nada de su pasado, y de este modo podrá usted llegar á ser un hombre nuevo con una existencia feliz.

—¿Participaría Marcela Hebert de esta existencia? ¿Podrá huir conmigo? ¡No! Pues bien, yo no la dejaré aquí para irme á vivir á otra parte... ¡Huya usted solo! Únicamente le suplico que, cuando esté usted libre, se acuerde usted alguna vez de este miserable á quien un día dió usted la mano.

Si los compañeros de Fortier pudieron festejar su llegada en mitad del día, fué precisamente porque su entrada tuvo lugar en la hora de descanso, que duraba muy poco tiempo. Cinco días después de su llegada fueron despertados por los correctores de una manera brusca, puesto que daban con sus grandes manojos de llaves en los barrotes de las ventanas. En pocos momentos abandonaron todos los petates y se vistieron. Se abrieron las verjas y se presentaron los vigilantes. Venían á buscar á todos los penados para conducirlos á la fragua y quitarles las argollas y cadenas que habían traído sujetas al pie durante la travesía. Esta operación duró mucho menos tiempo del que pudiera figurarse, puesto que de cada golpe caía una cadena. Los presidiarios estiraron sus piernas con verdadera ale-

gría, y llenos de satisfacción fueron á formar en el boulevard de los *Mártires*.

Un redoble de tambor anunció llamada para clasificarlos por brigadas. Unos fueron designados para ir á ocupar el campo del *Este*, que con más razón pudiera llamarse *Sur*, puesto que se encuentra situado en la parte más meridional de la isla y más próxima á Noumea. Otros debían trabajar en un nuevo camino situado en la parte Norte. Estos últimos tenían la misión de hacer algunas construcciones en los alrededores del *Hospital de Marais*. Todos aquellos hombres que en otro tiempo habían sido sastres, sombrereros y zapateros fueron destinados á diversos talleres del penal, y por último, una veintena de ellos, entre los que se hallaban Bérard y Fortier, fueron destinados al desmonte de un terreno que pertenecía á la *Granja del Norte*.

Hecha la designación y formadas las brigadas, cada una de ellas se puso en camino, dirigiéndose al sitio que les estaba marcado. Los presidiarios antiguos que conocían ya la isla de Nou, al ver partir la brigada que se dirigía á la *Granja del Norte*, les habían dicho: «¿Qué suerte tenéis!...» Y así es, en efecto: la granja está bajo la dirección de *agentes de labranza* y capataces, que son mucho más tratables y más humanos que los vigilantes del presidio. Es un penal agrícola mucho menos riguroso que en el resto de la isla.

—¡Vamos, todo nos sonríe al presente!—dijo Fortier á Bérard, caminando juntos.

Y no había dicho aún bastante, porque no sabía que sir Gardiner había decidido ocuparse de él todo aquel día. Serían las dos de la tarde cuando el ameri-

cano se instaló en su chalupa y se hizo conducir á Noumea. Apenas puso pie en tierra se dirigió á casa del director de Administración Penal, jefe superior de los deportados, no solamente en la isla de Nou, sino en toda Caledonia. Sir Gardiner encontró á aquel personaje en alegre compañía de señoras, entre las cuales figuraba en primer término su mujer, que recibía aquel día, la linda señora de Prevot, que corría continuamente todos los salones en busca de aventuras, y algunas otras mujeres de empleados.

—¿Es cierto que nos abandona usted muy pronto?—preguntó el director dirigiéndose al recién llegado.—Le he oído decir esta mañana.

—Tiene usted razón—dijo entonces sir Hanley.—Tengo necesidad forzosa de volver pronto á Nueva-York, y siento verdaderamente, y lo mismo mi hermana, tener que abandonar un país en que se nos ha recibido de una manera tan cordial.

—Creo, caballero—dijo á su vez la directora,—que vuestro sentimiento durará mucho menos tiempo que el nuestro... en medio de vuestros viajes se olvidará usted muy fácilmente de nosotros, mientras que aquí no vendrá nadie á consolarnos de vuestra partida.

—En efecto—añadió la señora Prevot,—cuando no veamos ya en la rada vuestro magnífico yacht, en el cual nos habéis recibido con tanta amabilidad, no sabremos qué hacer. A propósito, ¿será usted capaz de marcharse sin cumplir su ofrecimiento?

—¿Qué ofrecimiento, señora?

—Se había usted comprometido á ello... un compromiso de honra; y si no, apelo á todas estas seño-

ras... Se había usted comprometido á darnos un baile á bordo de la *Florida*.

—Me acuerdo perfectamente, y estoy dispuesto á cumplirlo.

—¿Cuándo?

—Dentro de diez días, en que ya habré vuelto de Bourail.

—¿Se vuelve usted á Bourail?—preguntó el director;—yo creía que había usted terminado sus estudios.

—Por completo... pero esta vez se trata de ver á una persona por la cual me intereso, y para ello os pido la autorización.

—¿Algún presidiario?

—No... una transportada que llegó últimamente en la *Saone*.

—Marcela Hebert—dijo el director.

—¡Cómo! ¿usted sabe?...

—Lo adivino, puesto que usted se interesa por Fortier, y éste se interesa más por Marcela Hebert... ¡Ah! ¡Creía usted que yo no sabía nada! ¡Yo lo sé todo! Rehúso á usted en absoluto el permiso que me pide para ir á Bourail.

Sir Gardiner miró lleno de inquietud al director.

XLII

Pero se tranquilizó muy pronto. El director general de aquellos penales le cogió del brazo y, llevándosele á un rincón del salón, le dijo:

—¡No, caballero! yo no puedo consentir que usted se tome el trabajo de ir á Bourail... Usted desea ver á Marcela Hebert, y usted la verá sin tomarse ninguna molestia... Voy á dar órdenes para que la conduzcan á Noumea... Haremos que entre en el Hospital ó en la Casa de las Hermanas de San José de Cluny, y usted podrá hablarla todo cuanto quiera.

—Doy á usted mil gracias—dijo sir Gardiner.

—No me dé usted las gracias por tan poca cosa... espero hacer más. Visitas como la de usted son muy raras, y es interés de la colonia el complacerlas, en cuanto sea posible, para obligarlas á que vuelvan... pero, antes de ir más lejos, permítame usted—añadió sonriendo el director—que le recrimine un poco.

—¡Recriminarme!... ¿y por qué?

—Por haberse usted dirigido á un subordinado mío, al comandante del penal de la isla de Nou, en lugar de haberlo hecho directamente á mí cuando se trató de recomendar á Fortier.

—Fué únicamente por discreción, querido amigo... no me hubiera atrevido nunca á distraer á usted de sus ocupaciones por tan poca cosa, como es el pedir que un penado pase de la cuarta clase á la tercera, que es lo que yo pedí.

—Efectivamente... yo no me habría enterado de ello si no hubiera sido por el incidente de Robin... el comandante me pasó una comunicación, dándome cuenta de su conducta... Por esto es por lo que me he enterado del asunto y he sabido el interés que usted ha manifestado por el presidiario Fortier... un interés verdadero, ¿no es verdad?

—Muy verdadero... La carta que han escrito á mi hermana es muy apremiante... y me permito decir que ese desgraciado es acreedor á las mercedes que se le han otorgado.

—Pues bien, yo le protegeré, puesto que usted también le protege... No puedo perdonarle su condena, ni disminuir su duración... Su libertad no depende de mí, y pasarán muchos años para que pueda obtenerla... pero yo le pondré en la mejor situación, haciendo de él un colono que en un punto de la isla tenga su casa, su campo y...

—Su mujer—añadió sir Gardiner riendo.

—Y también su mujer... ya veis que hago todo... es verdad que yo también me ocupo de la colonización del país... Todo esto tiene muy poco de correcto... es cierto que no suelo conceder esta gracia más que á los que están ya experimentados y han conquistado una por una las categorías; pero, como veis, estas reglas no tienen nada de absoluto, y siem-

pre es para mí un placer hacer una excepción, mucho más cuando, como ahora, es en recuerdo de vuestra permanencia en este país.

—A mí es á quien usted colma de favores, querido director... y para demostrar á usted mi gratitud, voy á cometer una indiscreción. ¿Me permite usted que anuncie esta buena noticia á mi protegido, que ya lo es de usted?

—Sí, daré á usted autorización para que le vea... y esta vez será una autorización en regla—añadió el director sonriéndose.

Sir Gardiner se marchó encantado de su visita. Decididamente el director sabía todo... exceptuando lo que se había querido ocultar. Había caído en el lazo que tan hábilmente le habían tendido: toda su atención estaba fija en Fortier y Marcela Hebert, sin que le pasara por las mientes Bérard, del cual quizás ignoraba la existencia.

—Nada viene, por lo tanto, á contrarrestar nuestros proyectos—concluyó por decir sir Gardiner á la señorita Bérard cuando concluyó de darle cuenta de su última entrevista.

—No, nada los impide—respondió ella.—Sin embargo, creo que deben modificarse en algunos puntos.

—¿En cuáles? ¿Por qué?

—Por que es preciso evitar con el mayor cuidado que le supongan á usted cómplice de su evasión... La conducta que el director observa con nosotros, los favores que nos hace, son deberes que nos creamos para con él... Yo no puedo consentir que se diga después que sir Gardiner ha engañado aquí á todo el mundo y

que ha hecho aquí una comedia, aunque ésta haya sido impuesta por las circunstancias... El objeto que nos proponemos nos absuelve... pero yo le suplico á usted que tome sus disposiciones á fin de que siempre se ignore que usted ha hecho semejante comedia.

—Bueno, las tomaré.

—Todavía hay más. Debemos pensar en ese otro presidiario que se llama Fortier, y que ha merecido las simpatías de mi padre... si comprometemos y bur-lamos las personas que sobre él ejercen algún dominio, es bien seguro que entonces le retirarán la protección que ahora le dispensan y se vengarán en él de nosotros.

—Sí, sí, todo eso es verdad... ésas son nuevas dificultades... pero las dominaremos.

—No lo dudó... ¿Cuánto tiempo necesitaremos para ello?

—Me parece que muy poco... ya he anunciado mi marcha para dentro de diez días.

—¡Es decir, que dentro de diez días mi padre estará libre y podré estrecharle entre mis brazos!...

—Estoy seguro de ello.

—¡Ah, amigo mío! mi reconocimiento será eterno.

El americano la miró fijamente y no se atrevió á decir palabra.

XLIII

Tres días después de la visita hecha al director general por sir Gardiner, recibió éste dos cartas. La primera era autorizándole para ver á Fortier, y por la segunda se le anunciaba que Marcela Hebert estaba en Noumea, en la Casa de las Hermanas de San José de Cluny, y que estaban dadas las órdenes oportunas para que pudiese visitarla.

A la mañana siguiente se fué á la ciudad, dirigiéndose al asilo de dichas hermanas, siendo conducido á un pequeño locutorio, adonde se presentó muy pronto Marcela Hebert.

El americano no pudo nunca esperar el ver una mujer tan hermosa; así es que á primera vista comprendió la pasión que había inspirado á Fortier.

—¿Sabe usted quién soy, señorita?—le preguntó después de mirarla un momento.

—Sí señor, me lo han dicho. Usted se llama sir Gardiner, y recuerdo haber oído vuestro nombre antes de que yo fuera... lo que ahora soy. Pero estoy pensando inútilmente, desde el momento en que me han anunciado su visita, qué es lo que un hombre como usted puede querer de una pobre mujer como yo.

—He prometido á una persona, á quien deseo complacer, dar á usted noticias suyas y transmitirle las que quiera darme para él.

—¿Quién es esa persona?—preguntó llena de inquietud.

—Armando Fortier.

—¡Ah! ¿Le ha sucedido alguna desgracia?

—Ninguna.

—¿Está en el penal de la isla de Nou?

—Sí.

—¿Le han puesto en la cuarta categoría, no es verdad?

—Así lo hicieron; pero luégo he conseguido que pase á la tercera...

—¡Ah! más vale así... tenía miedo por él... el jefe de vigilancia, Robin, le odia mortalmente...

—Sí, lo sé... pero sus protectores son más poderosos que Robin.

—Y sin embargo, á pesar de su poder, pasará Fortier muchos años en la isla de Nou antes de que...

—Antes de que pueda casarse con usted, ¿no es eso? ¿Era esto lo que quería usted decir?

—Sí señor, eso es... ya veo que le ha participado á usted sus proyectos.

—Que seguramente usted aprueba.

—Sí.

—Está bien: ¿Sería usted capaz de esperar á que pueda realizarlos?

—Seguramente que lo haré como me sea posible... pero yo no me pertenezco... He conseguido venir á Caledonia con la condición de casarme con un forzado

que ya sea colono... El domingo, en la iglesia de Bourail, nos harán colocar en fila á un lado y los penados de igual manera en otro, desde donde nos miran y nos eligen pidiéndonos en matrimonio... la operación es bien sencilla.

—Pero quedan ustedes en libertad de rehusar los que se presentan.

—Algunos sí, durante un poco de tiempo, porque esto no puede durar mucho. La Administración se incomoda, y entonces...

—Entonces, ¿qué haría usted si le obligaran á casarse con otro hombre que no fuera Fortier?

—Me mataría... estoy decidida.

—¿Le amáis?

—Sí le amo... á mi manera.

Y exaltándose, dejando escapar sus pensamientos largo tiempo contenidos, continuó diciendo con voz vibrante:

—¡Sí, le amo! le amo desde el día en que le vi detrás de los barrotes de su jaula furioso y terrible... Le veo constantemente pálido y apretando los dientes, con los labios entreabiertos, amenazando con la mirada, desnudo el pecho cubierto de sangre y levantado el brazo con el que se disponía á herir... Cuando se me aparece de esta manera, mis nervios se exaltan, y mi pecho y mi cuerpo se arrastran hácia él buscándole, y mis labios le llaman:—¡Ven! ¡ven! ¡te amo! ¡te deseo!...—He creído que le olvidaría y no puedo... no es un recuerdo el que me persigue, es su imagen... está siempre delante de mí y me hace estremecer todo mi ser... ¡siento fiebre, tengo delirio!... ¡Ah! no se asuste usted de este

amor... ¿acaso una mujer como yo puede amar de otra manera?... mi corazón no ha existido nunca para el sentimiento; nadie le ha hecho latir... no tengo más que sentidos... y con ellos amo solamente.

—Se juzga usted con mucha severidad—dijo sir Gardiner.—Quizás llegue un día que le ame de la misma manera que él ama á usted.

—¡Ah! no lo deseo, puesto que nos condenan á vivir separados.

—Por el contrario. Se les va á reunir.

—¿Qué ha dicho usted?

—Digo, que dentro de algunos meses, quizás dentro de pocas semanas ó días, Fortier será colono y podrán casarse.

Marcela se arrojó sobre sir Gardiner, le cogió por el brazo y, mirándole fijamente, le dijo:

—¿Es verdad lo que acaba usted de decir?

—Sí, es verdad; el director general me lo ha prometido.

—¡Oh! ¡qué felicidad! ¡qué felicidad!

Marcela estaba completamente pálida.

—Ya ve usted que también ama verdaderamente.

—Es posible; quizás tenga usted razón... no me conozco todavía... el amor no ha entrado en nada para mí, y solamente he sentido el deseo: puede ser que esto sea otra cosa... de todos modos, soy dichosa, muy dichosa, pensando en que vamos á vivir juntos... tendremos nuestra casa y nuestro campo como los demás colonos, ¿no es verdad?... ¡Ah! yo trabajaré, trabajaré... porque yo sé trabajar... soy hija del pueblo, una trabajadora hasta el día en... ¿Va usted á ir á verle?

—Sí, mañana.

—¡Mañana! ¡mañana!... ¿qué va usted á decirle?

—Que se habría usted matado si la hubiesen obligado á casarse con otro hombre.

—¡Eso es, eso es! Dígale usted eso, añadiéndole que le amaré de tal manera y le perteneceré tan completamente, que ha de olvidar todos sus sufrimientos y todas las penas que ha pasado. ¡Ah! él no puede imaginar el amor que puede dar una criatura como yo, joven y encerrada hace mucho tiempo.

Cuando sir Gardiner se levantó para marcharse, Marcela le siguió hasta la puerta, y cogiendo sus manos se las besó, diciendo: «Gracias, gracias.»

XLIV

Sir Gardiner había retrasado para la mañana siguiente su viaje á la isla de Nou, porque sabía que el comandante del penal iría este día á Noumea para asuntos del servicio. Temía que su obsequioso amigo, para evitarle la molestia de ir hasta la *Granja del Norte*, enviase á buscar á Fortier, y él prefería visitar por sí mismo el establecimiento agrícola para examinarle y apreciar su posición exacta.

Las cuatro de la tarde serían próximamente cuan-

do llegó á la granja, y muy pronto vió un grupo de presidiarios que se ocupaban en desmontar terrenos. Fortier y Bérard estaban en medio del grupo, trabajando animosamente bajo un sol abrasador. A algunos pasos de distancia se hallaba recostado sobre un cartoncillo un capataz, cubierto por una gran sombrilla blanca y fumando tranquilamente en su pipa. Sir Gardiner se fué derecho á él.

—Aquí tiene usted—le dijo—una carta del director general de los establecimientos penales de la isla, por la cual me autoriza para ver á uno de los hombres que trabajan á los órdenes de usted: Fortier. ¿Tiene usted la bondad de llamarle?

El capataz se levantó algo confuso por haber sido sorprendido en flagrante delito de pereza por sir Gardiner, á quien conocía de vista, y, leyendo el papel, dijo:

—Efectivamente, caballero... con una carta como ésta puede usted hacer lo que quiera... pero no es posible que se quede usted tomando tanto sol... Si quiere usted entrar en la casa, yo le enviaré á Fortier.

—No, no, es inútil—dijo sir Gardiner;—me pondré debajo de la sombra de aquella acacia... no pienso distraer á ese hombre mucho tiempo de su trabajo... Sírvase usted llamarle y decirle que venga.

Sir Gardiner se dirigió lentamente hacia el sitio que acababa de indicar, y esperó á Fortier. En el momento en que éste llegó, temblando de emoción, el americano le refirió punto por punto su entrevista con Marcela Hebert, refiriéndole sus mismas palabras y dándole también conocimiento de las promesas que le había hecho el director.

—¡Ah! ¡señor... señor!...—balbuceó Fortier, medio ahogado de alegría.—Sir Gardiner se calló un momento para que se repusiera de su emoción, y cuando, después de pasear la vista por su alrededor, quedó convencido de que nadie podía verle ni oírle, le dijo en voz baja:

—Hablemos ahora de Bérard.

—De su evasión, ¿no es verdad?—dijo Fortier más bajo aún.—¡Ah, caballero! puede usted tener completa confianza en mí—añadió mirándole con los ojos anegados en llanto.

—Tengo en usted la confianza más absoluta... Va usted á verlo... ¿Está Bérard dispuesto á huir?

—Sí señor; únicamente espera vuestras instrucciones.

—Bien... ¿pero tiene él, por su parte, alguna idea ó algún plan de acuerdo con usted?

—Él cree, lo mismo que yo, que le sería fácil escaparse de la granja y llegar á la orilla del mar, que está á doscientos pasos de nosotros.

—Sí, ya lo sé... hace bastante tiempo que tengo calculadas todas las distancias... ¿Qué hora cree usted que es la más conveniente para emprender la fuga?

—Las tres y media de la madrugada.

—¿Por qué?

—Porque ésta es la hora en que Bérard, yo y algunos otros vamos todos los días al penal para buscar el café y las provisiones destinadas á la gente de la granja.

—¿No acompaña á ustedes nadie?

—Sí, llevamos un vigilante; mejor dicho, un agente de colonización.

—¿Y usted cree que, durante el trayecto de la granja al penal, puede Bérard desaparecer sin que nadie le vea?

—Sí señor: á esa hora todavía estamos medio dormidos, y vamos caminando maquinalmente por aquel sendero que ve usted allá abajo y que conduce directamente al penal... al llegar á este sitio en que estamos, el señor Bérard puede aprovechar la oscuridad para meterse en ese bosque... Si se nota su desaparición, yo puedo advertírselo con una señal cualquiera y se vuelve en seguida... de esta manera podemos engañar al lobo y empezar otra vez al día siguiente... Si, por el contrario, el vigilante, á quien yo trataré de entretener, no se apercibe de nada, el señor Bérard puede salir de su escondite cuando hayamos desaparecido, y llegar á la orilla en muy pocos minutos por detrás de ese montecillo de arena.

—Está bien... su plan de usted está de acuerdo con el mío... Se trata únicamente de saber una fecha... tengo necesidad de esperar aún tres ó cuatro días... Es menester que la evasión se realice la noche antes de mi partida, durante un baile que voy á dar á bordo de mi yacht... ya le verá usted desde aquí completamente iluminado... ésta será para usted la señal... A las tres y media de la mañana espera á Bérard una de mis chalupas en el punto que acaba usted de indicarme... Si por casualidad le viesen subir en ella y huir, no podrá perseguirle ninguna embarcación, porque todas estarán ocupadas en llevar á mis convidados... ¿qué piensa usted de esto?

—Me parece, caballero, que hay grandes probabili-

dades de éxito, si no es que el vigilante Robin viene á desbaratar nuestros proyectos.

—¡Ah! ¿tiene usted miedo á ese hombre todavía?

—Lo creo capaz de todo.

—¡Pero si no vive por esta parte!

—¡Oh! ¡debe de andar por los alrededores!... ¡si pudiese vengarse de mí y de nosotros! Él debe suponer que el señor Bérard se lo contó todo al comandante de la *Saone* y que él fué el que tuvo la culpa de que me perdonaran... ¡Sí, tengo miedo por él, tengo miedo!

XLV

Sir Gardiner trató de tranquilizar á Fortier respecto de Robin, y concertó los últimos detalles de la evasión encargándole algunas cosas para Bérard, y concluyó diciéndole:

—Ya no volveré á ver á usted... quizá una nueva entrevista despertara alguna sospecha... pero esto no quiere decir que deje ya de ocuparme de usted... No me marcharé sin volver á recordar al director general sus promesas, que estoy seguro sabrá cumplir... pero es indispensable que usted no se comprometa en la evasión, y por esto es precisamente por lo que le prohíbo que se aparte del plan convenido.

—Obedeceré á usted ciegamente, á no ser que sobrevenga algún accidente; porque, si viese en peligro la vida de Bérard, me olvidaré de todo para prestarle auxilio.

—No se presentará ningún accidente, porque nuestras precauciones están bien tomadas... Me olvidaba decir á usted que pienso poner en manos del director una cantidad para usted, que podrá utilizar á medida que la vaya necesitando. Esta cantidad puede servirle á usted para extender y desarrollar su labranza... quiero que, andando el tiempo, se le cite á usted como uno de los que más hayan contribuido á la prosperidad del país... Ahora, separémonos.

—Sí señor, sí.

Iba ya á alejarse, cuando se paró de repente.

—Caballero—dijo con voz tímida.

—¿Qué quiere usted?

—Quisiera... quisiera—murmuró—que me permitiese usted aunque no fuera más que tocarle á usted la mano... me parece que esto me traerá buena suerte.

—¿Le ha dado á usted la mano Bérard?—preguntó sir Gardiner.

—Sí señor, sí.

—Pues bien, lo que ha hecho Bérard puedo yo también hacerlo.

Fortier cogió la mano que le presentaban, la estrechó de una manera nerviosa, y después se alejó precipitadamente para ocupar su puesto entre los demás presidiarios, á quienes en aquel momento se llamaba con un cuerno. Había llegado la hora del descanso: acababan de dar las cinco.

Sir Gardiner emprendió el camino que conducía al embarcadero en donde le esperaba su chalupa. El sol descendía en el horizonte. No hacía ya tanto calor, y la brisa de la mar empezaba á agitar las copas de los árboles. La tierra y las flores exhalaban emanaciones y efluvios que se convertían en caliente perfume. Los insectos zumbaban en sus juegos, y los pájaros pintados de mil colores semejaban mariposas revoloteando de rama en rama. La flor hacía temblar las ramas de las acacias.

El americano marchaba, aspirando todas estas emanaciones, dichoso y feliz, porque se sentía con más vida y su corazón lleno de esperanza. Iba por fin á tocar el objeto que se había propuesto. De repente, á lo lejos y cerca de un vallado en que había un gran montón de hojas, creyó distinguir el uniforme de un vigilante. Así era efectivamente: apenas dió algunos pasos más, distinguió claramente á Robin, con su kepi y sus galones plateados, que le daban á conocer como jefe de vigilantes.

Fortier no se había equivocado: su enemigo rondaba los alrededores de la granja. ¿Para qué? Para cogerles en alguna falta y poder vengarse.

Si al llegar la hora de la evasión se presentase Robin, guiado por su buen instinto, olfateando su presa, ¿qué iba entonces á suceder? ¿Cómo desembarazarse de este estorbo?

Hubo un momento en que el americano pensó para sí: «¡Si yo le invitase al baile! Retenido por la distracción que tendría en mi buque, pasaría desapercibido para él cuanto ocurriera en la isla.»

Pero bien pronto desechó semejante idea: un empleado de baja estofa, un simple vigilante, aun á pesar de ser jefe, no podía tomar parte en una fiesta en que se hallaban reunidas las autoridades de la isla y el mismo gobernador.

Sin embargo, este hombre era peligroso, y en el oído de sir Gardiner estaban aún resonando las palabras de Fortier que le decían: «¡Le tengo miedo por mí y por Bérard!»

Peró bien pronto desaparecieron todos los temores de sir Gardiner. En un recodo del camino se encontró delante de la señora Prevot. Ésta se puso encendida en el momento de verle, pero se dirigió hacia él sin inmutarse, diciéndole:

—¡Calle! Sir Gardiner, ¿venía usted á verme?

—¡Cómo! ¿Vive usted por aquí?

—Por ocho días únicamente estoy en esta casita que está situada á dos pasos del camino, detrás de ese bosque... Los deberes de mi marido le obligan á quedarse durante todo el día en la isla, y ha preferido estar aquí algún tiempo á andar yendo y viniendo continuamente... Como no me separo de él nunca, vivo aquí también... ¿comprende usted?

Sir Gardiner comprendía efectivamente. Robin estaba siempre buscando aventuras, como gran apasionado que era de las mujeres, y no teniendo ninguna ocupación, puesto que estaba suspendido de empleo, se dedicaba á dar paseos en derredor de la casa en que vivía la mujer del comandante de marina. Si se ocultaba, pareciendo un espía, era únicamente porque temía que le sorprendieran en flagrante delito de amor

ó de desobediencia, puesto que aún no había cumplido su arresto.

Sir Gardiner se quedó completamente tranquilo.

XLVI

En un cielo estrellado y sobre un fondo azul oscuro se destacaba el yacht la *Florida*, espléndidamente iluminada desde la quilla hasta lo más alto del palo mayor. Parece que está iluminada por el sol, según es la potencia de sus focos eléctricos. Aquello es el día en medio de la noche. A lo lejos, y en plena mar, es seguro que los navegantes se preguntarían cuál es aquel nuevo faro gigantesco y desconocido que brilla en las costas de Nueva-Caledonia.

Seis mil luces se reflejaban en el agua que rodeaba al buque, y sin embargo, un poco más lejos, reinaba una completa oscuridad en la costa. Parece como que el yacht absorbía toda la luz. Las estrellas que tachonan el cielo palidecen ante aquel fulgor. Podría creerse con algún fundamento que era un astro habitado puesto que allí se sentía reír, cantar y bailar. El puente, cubierto en toda su extensión por una vasta tienda guarecida al *velum* con que los romanos cubrían sus circos, había sido transformado en salón de

baile, con la orquesta, situada en el centro, que formaba parte de la tripulación de sir Gardiner, y que le seguía á todas partes. Los marineros usaban un uniforme casi parecido al de la marina de guerra americana, y estaban formados sobre cubierta dando la guardia. Los mástiles, cabrestantes, obenques y cuerdas están cubiertos por montones de flores tropicales de vivísimo color. Todos los jardines de la colonia habían sido devastados. Nada podía hacer recordar que se estaba sobre el puente de un navío, y existían motivos bastantes para suponer que aquello era una sala de hadas.

La confusión es grande. Sir Gardiner ha estado pródigo en sus invitaciones, pensando razonablemente que en una colonia naciente, en donde por lo regular están confundidas todas las clases, no puede tenerse el derecho á ser exigente.

Aquella multitud de uniformes resplandecientes de oro y plata ofuscaban la vista. Los trajes de las señoras, si bien es cierto que no podían tomarse como modelos de última moda, eran, sin embargo, notables por lo nuevos y la belleza de sus colores. Inútil sería buscar en aquellas frentes ni aquellos brazos diademas ó brazaletes de brillantes ó perlas: en cambio podían admirarse algunos ojos que brillaban más aún, y dientes que, al sonreír, hacían resaltar su blancura en aquel bello marco de labios rojos que los aprisionaba, y hermosas espaldas escotadas de una manera franca y provocativa. Lo apacible del clima, en estos países siempre cálidos, parece como que autoriza en la mujer, sin que merezca crítica razonable, la ligereza en el traje. Su coquetería y su sensualidad se apoyan en

esta tolerancia, de la cual se aprovechan los hombres.

Entre las que están (digámoslo con franqueza) menos vestidas, es justo que mencionemos á la señora Prevot. Todo el mundo se pregunta en dónde acababa su escote y si aquello era un cuerpo de vestido ó una camiseta que en vano trataba de cubrir su pecho prominente de hermosa y correcta forma. También era dudoso averiguar si estaba ó no vestida con una simple *malla*, según se dibujaban detalladamente todas sus formas. Todo el mundo fijaba la atención en ella, y en verdad que había por qué... estaba verdaderamente seductora. Bailaba como una loca, estrechándose contra su pareja y arrastrándola en un torbellino; pudiera decirse que aquello no era una mujer, era una bacante. En el momento en que dejaba de bailar revoloteaba de un lado á otro como una mariposa, bromeando con las mujeres y coqueteando con todos los hombres. Cualquiera podía suponer que era la dueña de la casa, y que hacía los honores del baile como reina y señora.

La verdadera reina, REINA DE BELLEZA, la señorita Bérard, se hacía, por el contrario, notar por su sencillez y modestia. Vestida con un traje de tul negro, adornado de flores, que la cubría casi por completo, ayudaba á sir Gardiner recibiendo á los convidados sin prodigarse y conservándose siempre á cierta distancia de aquellas mujeres á quienes no volvería á ver y de aquellos hombres que la eran completamente indiferentes. Juana rehusó bailar, pretextando el que tenía que cuidar de todos, y permaneció sentada entre la mujer del gobernador y la directora, con la mirada fija en las parejas que estaban bailando, pero pensando

con todo su corazón en la isla de Nou y en los alrededores de la *Granja del Norte*.

—Vamos á ver, mi querido señor; si no me engaño—dijo el gobernador á sir Gardiner,—¿el yaeht está preparado para marchar?

—¿Es acaso que tiene usted el proyecto de hacernos dar un paseo por el mar?—preguntó el comandante de la *Saone*.

—De ninguna manera, señores... es que me marcho al salir el sol... así llevaré todavía impreso en mi ánimo vuestro recuerdo, y pensando en esta fiesta me será más llevadero el sentimiento de separarme de ustedes.

—Eso está muy bien hecho y es muy nuevo—exclamaron de diversos lados.

—Es igual: no estoy tranquilo, á pesar de todo eso—dijo el comandante del penal de la isla de Nou:—si le diese á usted el capricho de robarnos á todos juntos, le sería á usted bien fácil... los marineros que tiene usted á bordo me parecen gente escogida... y que le obedecen á usted ciegamente á una simple señal.

—Pues acepto esa idea. Me los llevó á ustedes conmigo.

—Imposible. ¿Qué sería de mis administrados?—dijo el gobernador.

—¿Y de mis penados?—preguntó el director general.

—¿Y de los míos?—exclamó el comandante de la isla de Nou.

—Desde el momento en que se vayan sus jefes, quedan todos libres—respondió riendo sir Gardiner:—es una nueva forma de evasión... alguna vez pensaré

en ella si tengo necesidad... Entre tanto, suplico á ustedes me dispensen si les dejo... he prometido fuegos artificiales y voy á hacer que empiecen.

—¡Bravo! ¡bravo!—gritaron por todas partes.

XLVII

Sir Gardiner había dispuesto la víspera que sus marineros hicieran los preparativos necesarios para este espectáculo en una de las múltiples elevaciones del terreno que existen en la rada de Noumea.

El punto escogido para los fuegos estaba situado entre el yacht la *Florida* y la isla de Nou, y por lo tanto nadie podía extrañar que sir Gardiner fuese á este sitio para inspeccionar los últimos preparativos, y que él, por su mano, disparase el primer cohete. Se separó tranquilamente de sus convidados y se metió en una ligerísima embarcación que le esperaba al pie de la escala de estribor.

En ella se encontraba un solo hombre. Éste era un americano de unos treinta años, enérgico y resuelto, que pertenecía en cuerpo y alma al propietario de la *Florida*. Cuando la embarcación se alejó del navío, sir Gardiner dijo en inglés á su compañero: